

TÍTULO : LA TUBA

SEUDÓNIMO : PEREGRINO PASO

Un día decidí que no era feliz. Así. Sin más. Podría uno preguntarse de qué manera se decide semejante cuestión. Podría decirse: ¿acaso uno decide su felicidad? El caso es que ese día, los ojos aún viajando por la almohada, miré al cepillo de dientes, vi mi imagen vaporosa en el espejo y lo decidí.

Pudiera sonar a bravuconada. O a campanillas de rosario. Porque yo era matemático. Bueno, lo soy. Y lo seré, supongo. Ese viejo oficio, tan antiguo como el mundo, tan imprescindible. La vida es número, me decía jactado de mi sapiencia frente al pizarrín.

¿Qué día es hoy? ¿Qué hora es? ¿Cuánto me quieres? ¿Cuánto debo?

Todo números, ya ven, algunos rigurosos, otros tan inexactos que ni siquiera la calculadora es capaz de expresarlos. ¿Cuánto te quiero? Veamos, si elevo al cuadrado la potencia de tus pechos y los divido por la raíz cuadrada de mis sueños... Vaya usted a saber. Matemática incierta.

Desvaríos aparte, las cerdas del cepillo me quitaron el sarro del tiempo perdido, mascado como una yerba de tomillo, que trae un regusto dulce y uno no puede dejar de mascarla. Y así, sin más, di el beso oportuno y a la misma pregunta oportuna de la legaña compañera sólo respondí: *ahora vuelvo, me voy a buscar tabaco*. Y me fui.

Me crucé en el ascensor con el hijo de la vecina, que venía del colegio, algo mohín, disgustado por en esa indeseada entretela de verse obligado a aprender lo que no se quiere y se olvidará, falta de interés mediante. Masculló una mala salida y, consternado, abrió la mochilita de Silvestre y tiró al suelo un diccionario, gordo como quijote, junto con una maldición, como los freires inquisitoriales que señalan con el dedo y dictaminan la ley del cielo. ¡A la hoguera!

A solas, tomé el diccionario y lo abrí al azar, cerré los ojos y planté el dedo donde quiso el sorteo.

Leí la palabra agraciada.

INTERVALO.

Del latín *intervallum*, “entre valles”.

Dícese del espacio o distancia que hay de un tiempo a otro o de un lugar a otro.

Dícese del conjunto de los valores que toma una magnitud entre dos límites dados.

Dícese de la diferencia de tono entre los sonidos de dos notas musicales.

Como las dos primeras acepciones, como buen matemático, ya las tenía bien aleccionadas decidí acudir a la tercera.

Dicen que la música da la felicidad. Demasiada presunción.

Música. Dícese del arte de combinar los sonidos de los instrumentos, de suerte que produzcan deleite, conmoviendo la sensibilidad, ya sea alegre, ya tristemente.

Marché al rastro, convencido de aquella verdad del perogrullo y me compré el primer instrumento musical que vi. Podría haber sido un reclamo de pato salvaje. Unas castañuelas. O un guitarrillo.

Pero me compré una tuba. Una tuba gigantesca, dorada, de segundo hocico. La tuba, sabrán, es el mayor de los instrumentos de viento. Y el más grave. Así me lo explicó muy convencido el gitano que me la vendió.

Claro, que apenas podía con ella. Y que la soplaba y sólo parecía hinchar un globo de caucho. Lo decían, sí, lo había oído en infinidad de ocasiones. La música es felicidad. La música amansa a las fieras. La música es el sonido del alma. La música es el idioma universal entre los hombres. En fin, tantas acepciones, que me aferré a mi tuba con el labio soplando.

Y mientras intentaba hacerle conciliar algún mal sonido, en la plaza de la Catedral, un viejo que por allí pasaba se apiadó de mi ignorancia. No se trata de soplar sin más, me dijo. La tuba no suena por sí sola. Son tus labios los que tienen que emitir el sonido en la boquilla y ella lo transmuta, lo gravita por el tubo y te devuelve el soplo, convertido en belleza, para que la moldees con los pistones y salga grácil y grave por el pabellón.

¿Cómo sabe usted todo eso?

Porque mi hijo, me dijo, tocaba la tuba como los ángeles; la ganó en una timba de póker, su sueño era tocar junto al Cantábrico, al amanecer, pero cuando ellos, los ángeles se entiende, se lo llevaron de mi lado, decidí vender su tuba a un gitano del rastro para que no me agitara los recuerdos.

Sale un tren hacia el norte cada dos horas; suele llevarse a los universitarios de fin de semana que añoran el potaje de mamá, o a los amantes que quieren llegar a Santiago lanzados por el tirachinas de metal. La voz de la megafonía lo dijo alto y claro: *tren con destino Ribadeo hará su entrada a las diecisiete cero cinco, intervalo de parada de diez minutos y efectuará su salida a las diecisiete quince. Gracias. Gracias a usted por traerme la matemática a la cabeza.*

Acompañado de mi tuba, volé a lomos del galgo, camino del Cantábrico. Llegó el revisor, revisó el billete y revisó el equipaje.

¿Ha comprado usted billete doble?

Claro que no. ¿Acaso me ve usted doble como un beodo?

No, señor, pero los equipajes que abultan más que un niño de diez años pagan suplemento.

Quise explicarle que mi tuba podía viajar sentada en mi regazo, que no gastaba urinario, que sólo veía pasar el paisaje por la ventana, sin molestar a nadie, sin decir un *tu tu* siquiera.

El revisor no era mala persona pero sí de ésas que no quieren problemas. De modo que tomé la tuba, le di un beso en la boquilla, como el amante despechado, y la abandoné, triste y mustia, en el andén de la siguiente estación con parada.

Si yo le entiendo, dijo el revisor compungido, yo tenía una igual, la conseguí en una casa de empeño y después la perdí en una timba de póker y nunca me lo perdoné. Al regreso puede usted recuperarla.

Al anoecer bajé al apeadero. Última parada contra el tope de la vía. Se escuchaba el mar de fondo, no ese mar mediterráneo, plácido y calmo como una lamparilla de aceite, sino el bravío cantábrico que se parte el alma contra la rocalla. Me quedé sentado frente a su inmensa majestad hasta el mismo amanecer. No tenía tuba aunque ya sabía por entonces que no es ella la que toca, sino los labios los que soplan la música.

No regresará, Amadeo.

La anciana caminaba cada mañana hasta el acantilado; vendía cigarrillos de liar a los mariscadores, ponía el pitillo en sus bocas y se lo encendía con un prendedor de piedra. Me había confundido con

otro, seguramente porque la cabeza ya no le daba para recordar rostros, pero era tan tierna como un pan recién sacado de la tahona. Me contó que tuvo un día una familia, que la habían olvidado; el hijo mayor le compró un escoplo y cursó estudios de ebanistería. Pero era revisor de tren. El pequeño estudió Leyes. El orive le fabricó una tuba y llegó a ser maestro de música. Al tercero se lo llevó la mar. De una u otra forma todos se fueron y no volvieron. Allá ellos con sus pecados, decía. Tuvo que llevar el escoplo y la tuba a la Casa de Empeño para salir adelante. Y como no tenía a quién regalar los mimos, iba cada mañana adonde los mariscadores y les daba consejos y cigarrillos. Antes, en el saludo de bienvenida, me dijo usted: *No regresará, Amadeo*. ¿A qué se refería?

No lo sé, digo cosas sin sentido, cosas de vieja; tome usted una cajetilla de cigarrillos. Se le ve necesitado.

Llegaron los mariscadores y preguntaron: ¿Quién es ese, abuela?

¡Oh! Es el cabezota de Amadeo, que no quiere entender que no regresará.

Los mariscadores se me acercaron con cara de pocos amigos y dijeron: ¿Por qué molestas a la abuela?

Nada de molestias, yo estaba aquí tan tranquilo, viendo el amanecer, y ella me asaltó con sus tontunas. Que me confundió con un tal Amadeo.

Bueno, pues vuélvete por donde viniste y deja de molestar a nuestras abuelas.

Despachado, me alquilé una motocicleta con el ánimo de recorrer los rincones de aquella costa salvaje. Ronroneé la vieja Derbi a kilómetro batiente, hasta llegar a un pequeño pueblecito costero, unas cuantas casas blancas adornadas con geranios, como las migajas de un mantel de rico sacudido sobre el suelo. Me acerqué a un aldeano que empujaba a un borrico, como yo a mi motocicleta, y le pregunté. Buen hombre, ¿qué aldea es ésta?

Que aldea va a ser, hombre de Dios, pues Entrevales la llamaron.

¿Hay aquí algún mecánico que me ayude con este cacharro?

Ande por la rúa, hacia la iglesia, que allí está Martiño, que de todo sabe y de nada acierta.

Martiño eran dos personas a un mismo tiempo: un hombre huraño y su cayado de sostén.

¿Le mezcló aceite en la gasolina?

Pues no, mire usted, si me lo hubieran explicado...

Despiezó la motocicleta como si de un cirujano o un carnicero se tratara. Sopló las bujías y pasó el trapo a los pistones. Cuando volvió a componerla sobraron piezas por todas partes. Pero arrancó.

Dije: tiene usted buenas manos, ¿era usted mecánico?

¡Cá! ¡Mecánico dices! Yo era orfebre, el mejor orive de todo el litoral. Una vez fabriqué una tuba con los desechos de un atunero que encalló ahí, donde los acantilados de las catedrales. La mejor tuba que pudiera soplarse. Se la malvendí a un abogaducho que quería ser maestro de música. Fíjese usted qué desperdicio.

Aboné la voluntad al resucitador de Derbis y continué, *caminus interruptus*, hasta una fonda de mala muerte donde se me echó la noche encima. Había sopa de hacha para cenar y un colchón de pelmaza donde mis huesos crujieron como una sartén friendo huevos. No pegué ojo en toda la noche y a la luz de la mesita me puse a repasar los grabados que otros, igual de aburridos que yo, habían dejado para la posteridad rayando la cal de la pared con una navaja.

¿*Qué demonios estás buscando?* Lo habían escrito en letras mayúsculas y no era una pregunta. Era una exclamación. ¡*QUÉ DEMONIOS ESTÁS BUSCANDO!*

Me quedé mucho rato leyendo la frase de marras una vez tras otra. Al amanecer, disgustado y con un gigantesco dolor de cabeza, aboné los malos servicios de la pensión.

¿Dónde hay una farmacia?

Tiene que marchar al interior. Al pueblo, me dijo el posadero.

La Derbi empezó a notar que le faltaban algunas piezas y me fue llevando a golpe de carreta hasta la aldea indicada. Luego dijo que no.

Pregunté a una mujerita puesta en luto donde estaba la farmacia.

No sé lo que le habrá dicho ese loco posadero. Aquí no hay boticas. Pero sí hay una yerbatera que cura cataratas con monedas romanas y las escoceduras con cardo borriquero.

Me acerqué sin mucho ánimo, o con el alma vuelta en guiñapo. La yerbatera vivía en un barco

abandonado, el ancla lanzada sobre la tierra yerma. Entré por una pasarela de cuerda y la señora me recibió como al cartero que trae las nuevas de ultramar.

Tengo yerbas, me dijo, para la migraña y el mal de cuerpo. Pero no es eso lo que necesitas.

Preparó un potingue al hornillo, mezcla de vino, canela y milenrama; lo endulzó con azúcar y me dijo:

Toma. Bébelo despacio. Te sentirás mejor.

Bebí, despacio como prescribía, y en el entretanto, mirando en derredor aquel camarote, le pregunté el cómo y el por qué le había dado por vivir en aquel cuchitril.

Lo trajeron los estibadores desde el litoral, me explicó, quisieron hacer un restaurante para señoritos y el atunero encalló por segunda vez, abandonado en la dehesa.

Sí, alguna vez había escuchado alguna historia semejante.

¿Y eso?, señalé un boquete en la trastera.

¡Bah! Eso lo hizo un orive lunático. Arrancó la hélice y se la llevó. Dijo que ya no se arman barcos como los de antes. Y con la hélice se fabricó una tuba.

Cosas que pasan, me dije. El caso es que el mejunje hizo el efecto deseado y las ideas se me fueron aclarando. Cayó la noche sobre el mar de tierra y la vieja sacó los aperos, una caña de pescar y un libro de tomo y lomo, un diccionario de otros tiempos. Arrancó una página cualquiera, hizo una bola y la engarzó en el anzuelo.

¿Adónde va?, pregunté intrigado.

A pescar la cena. Haré una sopa de lampreas que te quitará el sentido.

Tomó la caña y la lanzó contra la noche. Quise explicarle que no se pesca pez alguno con palabras de diccionario, pero la dejé hacer, porque supuse que ya tendría bastante con su demencia. Al amanecer, mientras roncaba mis malos sueños contra un cojín de fieltro, encogido en una mecedora, la yerbatera me despertó.

Ssssss, dijo, no hagas ruido. Han picado. Pero me tienes que ayudar porque pesa demasiado.

Me encaramé a la borda y tiré con todas mis fuerzas del sedal. Escuchamos el sonido de arrastrar de

piedras y al cabo, en mitad de la noche oscura, aparecieron a la pupila de nuestros quinqués las mandíbulas muertas de un escualo.

Bueno, dijo la yerbatera, puedo hacer una buena caldereta de aleta de tiburón. Alabemos al Señor.

Algo brilló entre los colmillos de la bestia y lo tomé entre los dedos. Era una cadenita de oro con una medalla de comunión y en letra de joyero habían escrito: *Al mejor hijo del mundo. Su padre. Amadeo.*

Fue entonces cuando decidí regresar, mientras la yerbatera sazonaba su puchero a fuego lento.

Aún no me ha respondido, dijo a modo de despedida.

¿Respondido? ¿A qué?

A la pregunta que te hice, la que rayé con la navaja en la posada. ¿Qué demonios estás buscando?

Y lo pensé, ya lo sabía, pero la yerbatera me sacó la respuesta con un desastacador para sumideros embozados. Dije: No tengo ni la más remota idea.

Pues entonces, vuélvete por donde viniste y cuando tengas claro lo que buscas, échate nuevamente al camino.

Y eso hice, deshice el camino que me había llevado hasta aquel barco encallado en mitad de la llanura, hasta mi matemático hogar.

Subiendo en el ascensor volví a encontrarme con el hijo de la vecina, aquel muchacho viperino que olvidara el diccionario. Dije:

¿Cómo estás, Ismael? ¿Te fue bien el verano?

A medias, dijo. Fui a pasar unos días con mis abuelos. ¿Sabe qué, profesor? -siempre me llamaba profesor aunque no lo fuera de su educación-. Gastamos una broma a una vieja curandera, que allí vive en un barco cochambroso, que en su día fue un restaurante.

¿Y qué hicisteis?

Cada noche, la vieja lanza su caña de pescar contra la tierra, a pescar polvo. En una de esas, le colocamos un tiburón en el cebo.

Estuvo riendo la gracia hasta el tercer piso de su casa. Yo abrí la puerta de la mía. Me recibió el

mismo cuadro de los angelitos inocentes, la misma luz tenue de la lamparilla de tafetán, el mismo aroma a ecuación resuelta.

Mi mujer estaba recostada en la cama, como solíamos hacer en las noches de invierno, viendo la televisión con la cena en el regazo. Esas pequeñas cosas que nos hacen felices. Me vio entrar y nada dijo. Sólo estiró la mano y me ofreció.

¿Quieres?

¿Qué es?

Marisco. Marisco del bueno. Del Cantábrico. Como te fuiste, decidí permitirme ciertos lujos.

Luego hizo sitio en la cama para dejarme entrar. Y la vi.

Allí estaba, callandita, sobre el edredón. La tuba. Mi mujer me explicó. La trajo por error un mensajero. Dijo que era el regalo de aniversario de un esposo amoroso a su esposa bien amada. La tarjeta decía: *Busqué la felicidad sin encontrarla y aprendí que ella, la felicidad, reside en ese intervalo entre que decides marchar a buscarla y dejar de buscarla. Ya entendí, querida mía, que no regresará por mucho que lo busque. Tu querido esposo que siempre te recuerda. Amadeo.*

De todas formas, no funciona -dijo mi mujer-; la he soplado y no suena. Buscaré al mensajero para que se la lleve.

Quise explicarle algunas cosas. Pero callé, contento de estar en casa.

Mi mujer me abrazó, me besó y me hizo carantoñas. Luego me dijo: ¿Dónde has estado?

Me encogí de hombros.

Por ahí.

¿Y qué demonios estabas buscando tú por ahí?

Saqué la cajetilla de cigarrillos del bolsillo del pantalón de pana, aquella que la anciana me entregara junto al Cantábrico.

Ya te lo dije, expliqué, sólo fui a buscar tabaco.